

ANGEL C. ESPEJO

El Partido Radical, Sus Obras y sus Hombres



— SANTIAGO DE CHILE —

IMPRENTA "SANTIAGO"

□ □ ESMERALDA 872-876 □ □

===== 1912 =====

ANJEL C. ESPEJO

EL PARTIDO RADICAL, SUS OBRAS y SUS HOMBRES

(Obra premiada en el Certámen "Alfredo Frigolet" de Valparaíso)



SANTIAGO DE CHILE

IMP. SANTIAGO.—ESMERALDA 872

1911

I

Concepto del Radicalismo



I

Un gran escritor español al comentar la evolución de las ideas modernas dice: «Ya pasó el período de las luchas violentas y de las discusiones apasionadas, entre los que se sentían arrebatados por la seducción de lo nuevo y los que abrigaban un profundo horror á lo desconocido. Pero estas ideas siguen viviendo, continúan teniendo adeptos y no llevan trazas de morir; merecen ser examinadas y ha llegado la ocasión de que puedan serlo sin obsesión ni prejuicios.»

Todos los partidos tienen su época dentro de la evolución de los pueblos.

Algunos no alcanzan á satisfacer sus ideales políticos y, retrasados por el progreso, se ven condenados feliz ó fatalmente á su transformación ó á su muerte, para dar paso á fórmulas más exactas y concretas de ideales y aspiraciones.

Mientras exista una tendencia tradicionalista, habrá frente á frente una idea radical que luche por alcanzar el desenvolvimiento social, político y económico, en un ambiente de libertad.

El concepto de la libertad es negativo, según Schopenhauer, y la libertad se subdivide en libertad física, libertad intelectual y libertad moral.

Representa para nosotros la falta de todo impedimento y de todo obstáculo.

La libertad intelectual y la libertad moral, alcanzada la libertad física que se adquiere como colectividad en la independencia nacional, son dos factores cuyo desenvolvimiento deben buscar los partidos que aspiren á la dirección de la sociedad.

Sin libertad intelectual y sin libertad moral que es lo que constituye el libre albedrío, no podría existir ese sentimiento de unidad y esa confianza en el porvenir que establecen los anhelos comunes.

La autoridad mal comprendida y el abuso de la fuerza en desmedro de los débiles, ha sido la rémora de todo progreso.

Kant definía la libertad de este modo: «El poder empezar por sí mismo una serie de modificaciones.»

En cuanto sentimos que la libertad comenzaba á irradiar entre nosotros sus preciosos dones, debimos también sentir la necesidad de modificar nuestro ambiente.

A este mismo respecto el gran Lastarria dice que la libertad moral ó libre albedrío es el poder que el

hombre tiene de emanciparse, tanto de los impulsos de sus instintos para dominarlos y dirigirlos en el sentido de su perfectibilidad y de su especie, cuanto del medio ambiente en que vive para modificarlo en el mismo sentido. «Este poder ó facultad activa de la libertad moral se resuelve en dos manifestaciones primordiales que constituyen la actividad humana: la una es la *virtud* ó fuerza con que el hombre adquiere el hábito de obrar en relación con su perfección y la de su especie, pues que el individuo no vive solamente su vida sino también la de su especie; la otra es el *trabajo* ó la aplicación de todas sus fuerzas ó facultades para dominar los fenómenos y utilizarlos en su provecho y el de su especie».

Inteligencia, sentimiento, actividad ó libertad, son, pues, los elementos de la evolución humana, las propiedades ó fuerzas que la humanidad pone en acción para verificar ese movimiento de transformación en que sin cesar se mejora, acrecentando la intensidad de su vida en el tiempo y en el espacio.

Todo lo que tiende á conservar y extender la vida, es bien. Lo que tiende á destruirla ó disminuirla, es mal. La evolución que tiende á realizar este fin, es progreso. La que lo contraría, es retroceso.

Los fundamentos que representan las ideas en que se ejercita la actividad del hombre en la sociedad, son el derecho, la moral, la religión, las ciencias, las artes, la industria y el comercio.

El progreso social es el movimiento completo de la sociedad en todas las esferas que forman lo que puede llamarse su interés colectivo y como lo recuerda el mismo Lastarria «los arreglos sociales deben ser conformes á intereses del género humano, que exige la conservación, el acrecentamiento y la duración de la vida». (1)

Lo que no esté de acuerdo con esa ley se estima como reaccionario y, por consiguiente, contrario al progreso social.

Cúmulos de teoría se inventan sobre todo en épocas de transición, y de nacionalidades nuevas, con el objeto de dirigir la conciencia de la humanidad.

Se demuele el pasado; hace apenas cincuenta años eminentes pensadores aseguraban que en Europa misma, urbe fecunda de nuevas teorías, de principios filosóficos y de sistemas políticos y económicos, se agitaba sin saber á dónde iba, sin conocer lo que había de creer, lo que había de pedir, ni lo que había de hacer.

Hasta Augusto Comte, comparado con Descartes y Leibnitz, al formular las síntesis del progreso humano y al comprender con exactitud sus leyes, fracasaba lastimosamente en su religión y en su sistema político.

Los más grandes políticos tenían también igual suerte negativa en la implantación de sus sistemas contrarios á las leyes de los sistemas positivos.

Sólo un pueblo de América se emancipaba de las

(1) LASTARRIA.—*Lecciones de Política Positiva*.

ideas antiguas, teológicas y metafísicas y fundaba la nueva síntesis de sus ideas en la *Semecracia* (*Selfgovernment*) ó gobierno de sí mismo.

Vencidos los sistemas metafísicos, el soplo vivificante y generoso de las ideas nuevas irradió por todas partes fundando la necesidad de crear partidos que respondiesen á la evolución positiva del progreso.

De ahí es que los hombres, tanto en Europa como en América, que aspiraban á las necesidades del perfeccionamiento moral é intelectual de las sociedades en que vivían, se congregasen en partidos políticos con el objeto de derivar de ellos el régimen de gobierno y el sistema más acorde con la democracia.

En los ensayos y tanteos de estos regímenes, se han desvirtuado, alterado y caricaturado, más de una vez, los propósitos eminentemente científicos del concepto de libertad y de radicalismo.

La demagogía, perversión del jacobinismo, es resultante de una enfermedad en la disciplina moral de un pueblo ó de un gobierno.

La demagogía no será nunca radicalismo, porque siendo éste una escala siempre superior en perfectibilidad humana, aquélla representa la disgregación y el desorden.

Así, también, no sería imputable al conservantismo, un clericalismo desenfrenado, atrabiliario é inquisitorial, constituido en verdadera demagogía teológica.

Estos organismos que se va creando un pueblo, según sus propias necesidades de orden intelectual, moral y político, no pueden sorprender á ningún espíritu observador.

El radicalismo en Chile nació á la vida de las ideas encerrado en fórmulas patrióticas de índole netamente nacional, y abarcó un conjunto de aspiraciones de gobierno cuya síntesis se formula en las ideas precisas de los precursores y factores de la independencia.

El espíritu de aquellas ideas, el modo con que fueron expuestas y el valor con que se luchó por ellas, vino en parte principal de la influencia de los pensadores franceses sobre los de este continente del Sur; pero en la organización de lo que pudiéramos llamar la base fundamental del gobierno, nuestro radicalismo se asemeja de modo acentuado al *selfgovernment* de Estados Unidos.

Más adelante se verá, cuando entremos al estudio de la vida de los precursores y factores de nuestra independencia, cómo el radicalismo no tomó las fórmulas aparatosas del jacobinismo francés, sino las síntesis severas y comprensivas de los sistemas constitucionales y gubernativos de Estados Unidos.

En los primeros tiempos de la lucha por la independencia, no hubo en este país sino dos partidos que disputaron frente á frente el predominio: el radicalismo, que era representativo de la patria libre, y el partido godo que encarnaba la idea de la colonia subyugada á España.

Es curioso anotar que siempre que se levantó un espíritu radical, pidiendo la libertad, saltaba al frente un espíritu reaccionario ó clerical, solicitando cadenas.

La Inquisición, con sus consejos coloniales, era la ayuda más eficaz á un régimen de persecución, de odio y de estorsión á los libre-pensadores.

Las fórmulas patrióticas se desarrollaban al mismo tiempo que se echaban las bases de los sistemas políticos más avanzados.

Ser patriota equivalía, en nuestro país, á ser radical y progresista.

Este concepto de radical con cuyo nombre se señalaba á los precursores y factores de la independencia nacional, se encuentra perfectamente comprobado en la documentación histórica de aquella época; y el mismo fraile Camilo Henríquez, no pudo escapar á aquel calificativo honroso que constituía prosapia.

Empero, el radicalismo no comenzó por ser anticlerical.

El radicalismo fué un sistema político y continúa siéndolo.

Fueron los obispos, en su casi totalidad enemigos de la independencia de Chile, los que se hicieron odiosos á los hombres que se agrupaban á la sombra de la cruz, llevando al partido radical chileno, de etapa en etapa, á salirse de su radio de acción positivo para entrar al terreno en que se de-

baten las pasiones enconadas, engendrando imborrables disenciones sociales.

Las congregaciones fueron los puntales más eficaces para soportar el odio terrible que la gente de sacristía ó de claustro tuvo por la independencia nacional.

Es de notar que si no hubieran mediado tales circunstancias funestas, el desmedro de las ideas eminentemente religiosas no se habría verificado en el país en forma tan violenta; pues muchos de los precursores de nuestro radicalismo eran hombres, aunque de espíritu alto, formados en las creencias católicas, y algunos, como Martínez de Rozas, de un sentimiento cristiano digno de Edgard Quinet.

Fueron, pues, los mismos obispos y los hombres de sotana, los que se encargaron de empujar al pueblo al despego por todos los intereses de la iglesia y de la religión.

Puede afirmarse que la misma iglesia se decretó su aislamiento con su conducta reaccionaria y *goda* al frente del espíritu radical y *chileno*.

La torpeza de este movimiento de la Iglesia está patentizada en abundante documentación histórica y en los propios archivos que dejaron los obispos y las congregaciones del tiempo.

Los orígenes del radicalismo en este país fueron así también, socialmente hablando, patricios; porque la aristocracia de Chile, y en especial la de Concepción, vinculada intelectual y económicamente á la de Cuyo, fué la que dió el primer grito de independencia.

Un historiador dice que Chile se encontró separado del poder político de los reyes de España cuando por su constitución social no había dejado de ser lo que fué durante la colonia: una aristocracia respetable y unida por la nacionalidad y el parentesco, pero inexperta en el manejo de los negocios públicos de que se había visto sistemáticamente alejada y un pueblo del todo incapaz de comprender y practicar los deberes y derechos de los ciudadanos de un país libre; tal era en su conjunto el aspecto que presentaba la sociedad chilena en la época de la independencia. (2)

Pero de todos modos existían elementos de sobra capaces á formar una sociedad en vía de organizarse.

«Santiago era la cabeza política y social y Concepción, que ya entonces era más que una aldea, y donde las guerras de Arauco habían formado una sociedad semi-aristocrática, semi-militar, más ó menos independiente de la influencia santiaguina; que tenía para sostener sus pretensiones el apoyo del ejército que para la defensa de las fronteras hacía indispensable mantener en el territorio de esa provincia»; Concepción, decimos, constituyó el corazón de aquel movimiento de independencia con el primer pensador radical que hubo en Chile: Martínez de Rozas.

Será fácil en el curso de este estudio probar la filiación de aquel eminente pensador adelantado á su época; pero bastaría al objeto de este capítulo

(2) EDWARDS.—*Bosquejo Histórico de los Partidos Chilenos.*

lo copiar uno solo de los párrafos principales de su discurso en la primera asamblea constituyente, para llevar el convencimiento de que el espíritu de reforma era lo que dominaba sin contrapeso en la organización ecuaníme de aquel gran americano.

Y es por eso que el movimiento de la independencia nacional en este país no fué el de una alborotada soldadesca que asaltase cuarteles, sino, más bien, la obra silenciosa, llena de sigilo, del pensador que iba midiendo paso á paso el terreno de la reforma.

De ahí es, también, que cuando se analice con un criterio más científico la historia de aquel movimiento, se podrán apreciar con todo su vigoroso relieve las figuras de los hombres que, al lado de Martínez de Rozas, podrían pasar como los primeros reformistas de este país.

Hubo espíritu colectivo en la reforma.

Hubo hasta el sentimiento de la agrupación electoral de estos elementos, cuando se trató de la representación de ciertas zonas del país en las primeras asambleas constituyentes.

Hubo fiscalización levantada, científica, patriótica; hubo, por lo menos, la visión de lo que debía ser la República desde el primer momento; y, por sobre todo, aquellos reformistas tuvieron la firmeza inquebrantable de una honradez acrisolada en el manejo de los caudales públicos.

Preocupó á estos primeros radicales del país no sólo la organización militar, sino la administración en su variado conjunto, y al mismo tiempo que

echaban las bases constitucionales, querían organizarlo todo, reformar lo vetusto, educar, poblar, amplificar sistemas administrativos, crear un sistema de rentas, de acuerdo con la vida nacional y con las tendencias de una reforma aduanera; y mientras hacían todo esto, se daban el amargo trabajo de contener á un clero batallador que acechaba la ocasión de acuerdo con los realistas, para herir de muerte á la República.

Y se ocupaban estos radicales, en forma mucho más primordial, de la educación cívica.

Será interesante investigar cómo nuestra nacionalidad se formó asentada vigorosamente en la idiosincracia de una raza indómita, cuya característica era más ó menos la de las tribus asiáticas: el aislamiento.

De las razas mezcladas por nuestros conquistadores y de la misma sangre española, con todas sus reivindicaciones, surgió el espíritu de nuestra independencia.

Comenzó á hablarse de que había necesidad de afirmar en el hecho las aspiraciones de un pueblo predicando que para conseguirse la independencia, si fuera necesario, debía darse hasta la última gota de sangre de nuestros conciudadanos.

Las guerras de Arauco, fértiles en estas enseñanzas, dieron los primeros libros heroicos en que después había de retemplarse el espíritu de raza.

Durante el caudillaje á que desgraciadamente se sometió el gobierno de la República, fueron los ra-

dicales los que manifestaron una mayor templanza de apetitos de poder, y siempre que pudieron, aisláronse en una penosa inacción, á fin de que personalidades incontenibles gobernaran tranquilamente.

Así, durante períodos intermitentes, vemos con pena que desaparece la acción de hombres de pensamiento y de bufete, y viene la atropellada del atolondrado y ambicioso que quiere el poder únicamente por el poder.

La República tiene dolorosas enseñanzas á este respecto.

Después de haber encauzado la independencia nacional, el radicalismo comenzó á preocuparse de la formación de una verdadera democracia; comenzó á rastrear en las obscuridades en que iba extendiendo su poder de pulpo el clericalismo para apoderarse de las conciencias; comenzó á darse organización propia que respondiese á fines de orden político y electoral, y cuando ya pisó en terreno firme, dió el grito de las reformas que nuestro estado social requería.

Este precisamente es el período más activo del Partido Radical, pero no el más interesante.

El radicalismo ha obrado, respecto del liberalismo en jeneral, por penetración y por infiltración.

Por penetración en la época de la independencia y en el período de las reformas civiles. Por infiltración en el período de tregua.

En este momento se verifica un fenómeno curioso: mientras nosotros, los radicales, damos excusas

por no estar constantemente asustando á la opinión pública por una prédica reformista y doctrinaria, los elementos que nos acompañan en el gobierno del país, experimentan la infiltración natural de una capa superior de ideas y de vigorosos anhelos contenidos en esta esponja de la Alianza.

En todas las épocas ha pasado igual cosa. El radicalismo predica, avanza, fija posiciones; el liberalismo las ocupa y clava la bandera de la reforma.

Dijérase que el radicalismo es el encargado de levantar la carta política y el liberalismo el que manda después las legiones al asalto.

Es un poder informador y sin contrapeso el que hemos tenido y el que conservaremos á pesar de todo como partido de vanguardia.

El régimen de asambleas facilita una disciplina cuyo carácter tradicional contiene hasta á los más audaces.

Y cuando la dirección de un partido se paraliza en el movimiento de avance, entonces el elemento representado en las asambleas maneja un poco el cariñoso *sknots* que estimula á los rezagados ó á los tímidos.

El radicalismo ha ido, en cuanto á programa, tan ligero como las ideas y el progreso lo exigían. El espíritu radical no tendría motivo para sentirse descontento de los avances de su doctrina consignados en lo que constituye sus aspiraciones en el orden político, en el orden económico-social y en el orden administrativo.

Se podría ir mucho más léjos en materia de ideas que se relacionan con el orden social y con el Estado y las religiones.

Reformas de carácter obrero necesita con urgencia el país. Patrones y trabajadores han menester de leyes que amparen el capital como el trabajo; y ahí deben quedar limitados todo desmán ó injusticia de los trabajadores y patrones, ó todo desborde ó barbarie de las autoridades.

El Partido Radical ha abordado con valentía en su última Convención el estudio de la cuestión social.

No responde este avance de programa con la ejecución del plan en el Congreso y en el Gobierno.

El enervamiento del radicalismo se ha originado de su estrecha concomitancia con partidos personales, que le ha evitado ser idealista haciéndole creer que puede vivir dentro de las delicias de Capua...

Pero la verdad de las cosas es otra. Al Partido Radical se le ha hecho creer en grandes influencias adormeciéndole con promesas que jamás se han cumplido. Y de ahí es que las Sibilas del Partido, que todo lo saben, han estado con el dedo en los labios, imponiendo silencio á los que creían que el fin primordial de los hombres de pensamiento dentro de un Partido, era desplegar constantemente la bandera del doctrinarismo.

Este silencio del radicalismo ha sido un silencio barato, por no decir gratuito.

La estagnación no es de responsabilidad del par-

tido, que ha sabido darse un programa á tiempo, sino de sus hombres dirigentes...

Muchas veces, ó casi siempre, en los últimos tiempos, la Junta Central ha estado supeditada por un principio que ha evitado desenvolver ideas y propósitos generosos.

Es por esta razón y por otras que no aparecen en la superficie, que la representación del radicalismo en el Gobierno, no ha correspondido algunas veces á la corriente imperante en la Junta Central, y que no ha podido y no ha sabido manifestarse con toda la energía deseable.

Incidentes desagradables de los últimos tiempos, están demostrando que es necesario que los hombres dirigentes de un Partido, y de uno como el Radicalismo, poseedor del más hermoso programa político que se haya expuesto en América, deben tener, ante todo, energía y perseverancia para hacer triunfar sus ideas y para alcanzar en el Gobierno la representación que corresponde á una colectividad de gran cultura intelectual y política y de los más jenerosos impulsos patrióticos.

Ésta es la forma como se desarrollan planes de una ideología partidarista, que deben ser como las cartas de un Estado Mayor General preparador de la guerra en la paz, que no pueden ni deben quedar en el papel, porque exigen ensayos de fuerzas, desenvolvimiento de energías, potencialidades de trabajo; en suma, pensamiento y acción, para que

la máquina de combate no se cubra al fin del implacable moho...

Dijimos que la época de verdadera actividad que ha tenido el Partido Radical no ha sido la más interesante. Esto podrá parecer paradójico; pero en realidad en el momento actual en que se ofrecen múltiples problemas cuya solución se busca en todo lo que puede ofrecer de ductilidad la idea primordial, en las transformaciones de índole económica que importan verdaderas reivindicaciones obreras; el Partido Radical necesita adaptarse y seguir las corrientes de la democracia económica.

No hay que perder la serenidad de juicio al apreciar estos movimientos obreros en que hay complejos factores por contemplar.

El derecho de huelga, por ejemplo, es indiscutible. También son absolutamente indiscutibles las medidas que puede tomar la autoridad para resguardar el orden mientras aquella huelga no pueda ser controlada por sus comités directivos.

Medidas de represión de una huelga, que tiendan á evitarla ó á someterla á estorsión, son contraproducentes y atentatorias de la libertad.

Los obreros escogen, por lo común, un momento solemne para solicitar reivindicaciones que estiman justas.

El capital se alarma; y como dispone de los elementos de fuerza, que siempre por esencia y por conveniencia son nerviosos, las primeras medidas

que se imponen al espíritu burgués son las de la persecución.

A todos estos movimientos que se desarrollan con carácter pacífico se agregan muy á menudo turbas disociadoras—anarquistas de ciertas escuelas—que buscan la solución de los problemas sociales por medios violentos.

Van der Velde, el jefe socialista belga que presidió la huelga general de Bruselas, estimada como la más grande y más bien controlada que hasta ahora se haya hecho en Europa, también tuvo turbas de anarquistas á su alrededor que pretendieron encauzar en el desorden un movimiento de simple reivindicación del trabajo.

Tras de generosas causas hay á menudo un fermento de agitaciones que constituyen repercusiones de un mal más hondo.

Atreverse á señalar el origen único de estos males sociales y económicos, atribuyéndoselos, en un caso, á la inmigración, y en otros, al anarquismo, es un error gravísimo que puede paralojizar á la opinión.

Tratándose de peticiones como la derogación de la ley de residencia—que indudablemente ha servido para estorsionar de todos modos á algunos gremios de trabajadores extranjeros en Buenos Aires por ejemplo—y de aumentos de salarios y disminución de la jornada diaria; no se ve con qué motivo pudiera achacarse á la mala calidad de la inmigración el origen, desarrollo ó magnitud de un desorden.

Nunca fueron más desordenadas las Repúblicas Sud-Americanas que en sus primeros años de existencia, cuando apenas les llegaban inmigrantes. El caudillage, con todo su séquito, y la anarquía social, política y económica, obscurecían el horizonte de esos países.

Abiertos al comercio y al intercambio de ideas, ensancharon sus miras, creciendo en el criterio amplio de tolerancia y de libertad en que se genera el progreso.

De leyes de estorsión no se puede esperar nada.

A la estorsión y á la crueldad de los Estados, el anarquismo ha contestado con la muerte. Es la desesperación de los perseguidos la que se revela en forma que á veces toma caracteres espantables. Todos los desequilibrios humanos buscan entónces refugio en esas conspiraciones contra las cabezas visibles del Estado.

Hay una enseñanza que recoger, á pesar de todo: Inglaterra, el país de la libertad, no dictará jamás una ley de residencia.

Allí no se efectuará ningún atentado contra la familia reinante; que así enseña, dando refugio á todos los que tienen acibarada el alma, refugio que se convierte en escuela de moral, para después ser sustento en las lides serenas del trabajo.

Declarar, aprovechando lo que sucede en Buenos Aires, que es la inmigración lo que nos trae el anarquismo, y pedir que se dicten medidas de represión en Chile, porque en la capital arjentina hay huelga

que afecta especialmente al elemento trabajador criollo, es incurrir en lamentables errores de hecho y de concepto, que pueden desviar á nuestra nerviosa opinión.

Y la prensa debe ser ilustradora, en el concepto más alto, cuidando de no estimular iras infundadas de la opinión contra factores de progreso universal y contra movimientos reivindicatorios, que, bien dirigidos, son la resultante científica—y hasta donde es dable—de las luchas entre el capital y el trabajo, que tendrán que ser eternas, y que el Estado deberá contribuir á suavizar con medidas y leyes de equidad que levanten el nivel moral del pueblo, conserven el equilibrio económico y consoliden la armonía social.

Esto revela que debemos adelantarnos con las soluciones de partido; pues los problemas de índole social se nos vienen encima en forma abrumadora.

No es este un momento nuevo. En Francia muchos socialistas estiman que una alianza con el radicalismo podrá siempre producir ventajas y estimular la evolución, facilitando la revolución proletaria. En cambio, otros, que son muchos, no abogan por los pactos con las viejas fracciones cuyas luchas apasionaban los espíritus de dos generaciones anteriores á la nuestra. Se diría que los que quisieran unirse con los socialistas, pretenden atar la causa del comunismo á una confusa fracción democrática cuyo principal fin parece el asalto del poder.

Los impugnadores del radicalismo en Francia

aseguran que éste es un grupo heterogénio, confuso, equívoco; en él difieren los elementos sociales de país á país; su importancia misma parece infinitamente variable; su lugar de elección es un rincón de Europa donde la propiedad agrícola es muy dividida; donde la conquista capitalista ha sido menos acabada y menos rápida que en otras partes.

Se puede tomar como modelo, dicen aquellos impugnadores, al Partido Radical francés que sumerge sus raíces profundas, en la Revolución de 1789; y afirman, en una forma enfática, que no tiene razón de ser, que no existe como una fuerza concreta sino donde la pequeña agricultura no ha sido completamente sustituida y donde la transformación de las herramientas, no ha llegado á la plenitud de su fuerza. Se hacen todavía estos argumentos: pierde toda base económica y social, desde que la concentración de capitales ha entrado á su última faz, como en Estados Unidos; tiende á desaparecer apenas las herramientas modernas se desarrollan con una rapidez acelerada, como en Alemania, ó en Bélgica ó en Inglaterra. Caracteriza los pueblos, donde la expansión del industrialismo no ha sido bastante brutal y capaz de destrozar de repente las capas interpuestas.

Cuando en un Estado se ha formado una amplia categoría intermediaria, que no es ni completamente burguesa y que no es todavía proletaria, el radicalismo puede ejercitar largamente su acción social. Es el concentramiento original de los pueblos eco-

nómicamente retardados en su evolución. Se llega á decir que, léjos de estimular la fuerza del progreso, no hace sino medir la lentitud del empuje capitalista y las dificultades de las tendencias opuestas.

Como una profecía, los sociólogos del proletariado han dicho, refiriéndose al radicalismo: «los países que conquista y en donde ocupa el poder político, serán los últimos en conocer la socialización de las herramientas productoras».

Así, se nos presenta como un partido antiguo derivado del siglo XVIII, jacobino, económicamente de concepciones primitivas, como la expresión de una categoría social decrepita. No miramos al porvenir, nos volvemos al pasado; y si hacemos lo primero, quisiéramos mantener formas que la evolución de cada día disgrega ó disuelve.

Se presenta al radicalismo francés como hostil á la concentración capitalista—que sobre las ruinas de pequeños viñateros radicales y de pequeños comerciantes demócratas, edifica la gran propiedad y el gran almacén; se presenta como hostil al comunismo que arrancaría á esa capa intermediaria sus apariencias de privilegio. Es, en definitiva, en los países de transformación retardada como Francia, ó Suiza, ó Italia, el partido del *statu quo*. Elabora programas retumbantes en que la incoherencia se disputa con la suntuosidad de términos; apenas abandona los razonamientos políticos, se torna impotente para formular sus puntos de mira.

No se niega, sin embargo, que en la cuestión po-

lítica traduce reivindicaciones que son también á menudo, y en cierto grado, las del proletariado.

Por la fuerza de las cosas se mezclan ideas antagónicas y de ahí es que se explican las seducciones de ciertas fracciones de la clase obrera francesa por el Partido Radical.

El sufragio universal conseguido por el radicalismo en Febrero de 1848, marca su primera faz de esplendor y fué una conquista que confirió á la democracia la fuerza política.

Hechos posteriores pusieron al radicalismo frente á frente á esa democracia y en la monarquía de Julio se volvían contra sus aliados.

Transportados en la ola de reacción que siguió á esa guerra social, cayeron otra vez en subordinación; colaboraron á la restauración imperial, en que creyeron encontrar su prestigio hasta el día en que traicionados por Napoleón, se hicieron otra vez republicanos.

Como se ve, este tipo de radicalismo francés que desde léjos ha podido subyugarnos, no ofrece las garantías de seriedad ni las condiciones de estabilidad económica y aún políticas, que exigen las ideas modernas y la seriedad y honradez de propósitos.

Su versatilidad es proverbial y de ahí es que aparezca á los ojos del proletariado francés como indigno de tener un pensamiento colectivo en materia de intereses sociales y económicos y de poderlos llevar á la práctica en las leyes y en el Gobierno del país.

En cambio se recuerda con amargura que cuando el Partido Radical francés reivindica la supresión de congregaciones y la separación de las Iglesias y del Estado, es entre las masas obreras donde recluta sus mejores apoyos.

El radicalismo acusa de utópico al socialismo; y éste le devuelve la misma acusación, diciéndole que se muestra como tal desde que se profundizan los hechos. El radicalismo aparenta ponerse de acuerdo con el socialismo y reconoce los males del momento actual; pero se aleja prodigiosamente de su aliado desde el momento en que es preciso suprimir los dolores, las servidumbres, las iniquidades.

El radicalismo encontraría de esta manera muy sencillo retornar la humanidad á la época en que las máquinas no llenaban las ciudades del ruido de sus respiraciones y en que los transportes de gran velocidad no suprimían las distancias.

No debemos pasar inadvertido un concepto perfectamente neto de los impugnadores del radicalismo. Dice así:

«El Partido Radical se compone de hombres cuya condición social es mal definida, que no son ni satisfechos ni fracasados, pero que se sienten amenazados y que quieren fortificar su posición.»

Uno de los factores que ha hecho más mal al radicalismo en los últimos tiempos ha sido el pacto de tregua que se celebró sin el consentimiento de las asambleas.

Por eso cuando se declaró roto ese pacto por la Junta Central, se levantó un verdadero vocerío de júbilo; porque eso significaba que teníamos derecho á seguir pensando y obrando como radicales, á seguir creciendo y evolucionando como demócratas.

Nunca una lucha interna de Partidos había tomado caracteres mas hondos; pero si se atiende á que aquel convenio ataba por cinco años las manos del radicalismo, había de sobra razón para alarmarse.

Los «montanas» habían faltado al acuerdo hacía más de dos años; luego habían disuelto el pacto.

En consecuencia, de hecho el Partido Radical quedaba desligado de todo compromiso y podía levantar la frente muy alta ante toda cuestión doctrinaria.

Este acuerdo daba de sobra la razón á los que estaban argumentando con nosotros y afirmando que en este país hay fuerzas verdaderamente desconcertantes que se oponen al progreso.

Es increíble el trabajo que de esta manera hay que poner en juego para hacer triunfar una idea nueva ó un propósito levantado.

¿Qué no hemos oído gritar á los mismos liberales contra el socialismo, calificando ciertas campañas como de anarquistas?

Pues mañana, esos mismos señores, cuando se dicte la ley del contrato sobre el trabajo, levantarán orgullosas sus frentes para declarar á la faz del país, que son tan socialistas como nosotros, que nadie se ha preocupado de la suerte del pueblo

como ellos, aunque hayan salido á la calle á la cabeza de asesinos de levita á fusilar los proletarios que pedían una ración de hambre...

¡Así es la vida!

Hay en todos los campamentos merodeadores que van recogiendo honores después del triunfo.

Jamás aclaman al vencedor.

Los vencedores son ellos en todas las jornadas.

Pero sobre todas estas miserias hay un vencedor indiscutible: ¡la idea!

Y una de las veces en que vimos triunfar la idea radical en su mayor esplendor, fué cuando se derogó con mano firme el condenado pacto de tregua.

Descontemos notas de hilaridad. Todo rezagado que llega en momento de triunfo produce risa.

El doctrinarismo se abrió camino.

En ese momento acudía á nuestro recuerdo una asamblea olvidada: la de Valparaíso. Hacía tres años que esa Corporación se indignaba contra los pactos y pedía amparo al radicalismo.

Éste volvió la espalda á esa asamblea.

Si algunas flores había que lanzar en ese momento de victoria, ellas deberían caer sobre esa altiva corporación, á la cual nadie ha podido hacer enmudecer siempre que se ha tratado del bien público.

Al romperse los pactos, la dirección del radicalismo nos ponía frente á frente del porvenir político de la República.

Nunca dudamos de que los habríamos de encarar con civismo, con altura y ciencia.

No había que desconfiar de la suerte del radicalismo, como no había que perder de vista un solo instante á la democracia. Si sólo al servicio de la democracia se vinculara la suerte de nuestro Partido durante muchos años, sería un tiempo bellamente empleado.

Radicalismo y democracia: esa debe ser nuestra consigna, nuestra palabra de pase, nuestra enseña de combate.

A pesar de todo, como después de un armisticio, había que tomar nota de una circunstancia dolorosísima al entrar de nuevo en acción: la pérdida de un tiempo precioso. La reacción nos había ocupado líneas que nosotros abandonáramos.

En la atmósfera de la Moneda existía un frío que congelaba las mejores energías de los hombres de gobierno del liberalismo.

Había algo que flotaba en ese palacio y que reducía las ideas generosas al límite más estrecho; y al liberalismo de grande que se manifestaba abajo, lo convertía por arte mágico, en una expresión seca y homeopática como síntesis de gobierno.

Había una mano disecadora arriba.

Mientras preparábamos á nuestros hombres y les entregábamos las flores de nuestros pensamientos, en pró de la Patria, arriba cruzaba un viento quemante—un siroco—que filtrándose por todos los Ministerios paralizaba con su frío intenso las mejores energías y agostaba esas flores al besarlas con su hálito de muerte.

Se hablaba de intereses convergentes, se cantaba una loa á la unión de la familia liberal, se fijaban turnos para pasar, como sucede dentro del Protocolo diplomático, en honor de la antigüedad y de la gerarquía; todo era armonía; cuando se pensaba y se sentía desde abajo, parecía que el corazón y la cabeza de la Alianza Liberal marchaban al unísono.

Y en cuanto llegábamos á tambor batiente á la Moneda, cambiaba el escenario.

Los parches sonoros, al diapasón más bajo, se uniformaban á la sordina. Los clarines que llegaban hendiendo el aire con los acordes de marchas en que vibraban músicas conquistadoras, se guardaban silenciosamente en el cuarto de banderas y junto á los pendones quedaban llorando los ideales, como atormentados del Dante, en las cavernas de la desesperación y de la eterna espera.

Ahí todas las aspiraciones populares eran pasadas por el tamíz de un criterio invertido.

O la Alianza Liberal atravesaba por una hora de perversión del sentido, ó existía arriba un criterio divergente de la colectividad hecha gobierno.

De manera que teníamos en la Moneda una fuerza disociadora de las aspiraciones liberales, y algo así como un anarquismo oficial que estaba, muy quedo; diciendo: destruyamos ésta organización en que ejercemos el comando.

Nos daba ésto la triste impresión de un general que estuviera conspirando contra su propio ejército y acaso pactando la traición.

En la historia de los tiempos no se divisa cuál haya sido la figura de ese caudillo militar que, disfrazado, abandone, á merced de la noche y de las sombras, su propio campamento, para entregar sus tropas dormidas al enemigo.

Debíamos, por fuerza, oír á los de abajo, ya que los de arriba estaban afónicos, no de tanto gritar, sino de tanto callar; que la garganta también es un órgano delicado que se atrofia sin ejercicio.

De todas partes venían impulsos jóvenes que refluían especialmente en la prensa.

Parecía una mañana de un liberalismo lo que pasaba como una hermosa promesa.

Siempre es natural esperarlo casi todo de la juventud.

Los organismos gastados en el mundo fisiológico no ejercen el funcionalismo de las especies con la misma intensidad de los organismos jóvenes.

Las creaciones de la juventud, y sobre todo las de la segunda etapa de la vida, tienen que ser siempre más hondamente dirigidas hácia un fin, que las de la edad en que todo decae: el corazón así como la cabeza.

Cuando aparecen los jóvenes se habla siempre de experiencia.

Pero nosotros conocemos una experiencia de la vejez que no es selección, que no es sabiduría.

No podríamos equiparar la experiencia de Pitt, á los 20 años primer ministro de Inglaterra, una experiencia que se confundía con la sabiduría y con

el génio, con la experiencia de tantos viejos ministros de la Corona que se han contentado con servir dócil ó vulgarmente una situación.

La experiencia del pelucón Portales, que mantuvo al Estado regalista, valía mucho más que la de muchos viejos políticos que han pasado con vuelo de alcatraces por nuestro palacio de Gobierno y se han dejado rendir por la Curia, llamándose liberales.

Y la misma experiencia del primer Montt—á pesar de haber sido sangrienta—del Montt que llegó casi un niño, como Pitt, á los Ministerios y recién maduro á la Presidencia—lo que podría hacernos decir que era un político en sazón; ¿no valía más que la experiencia de nuestro último Primer Magistrado, en su florecimiento de vejez contradictoria y digna de un estudio patológico?

El primer Montt vió claro en el conjunto de aspiraciones de un hombre de Estado; el segundo Montt, empezó por enturbiarse el agua en que maniobró, para concluir por no ver claro ni el detalle de las cosas.

Hay pueblos que se están levantando de grandes postraciones por el solo hecho de ser gobernados con un impulso irresistible por hombres jóvenes.

En nuestras mismas fronteras hay un pueblo que se regenera, reconstituye sus finanzas, organiza su Ejército y su Marina, lanza al aprendizaje europeo sus profesores, sus oficiales, su juventud estudiosa,

y se prepara en una transformación rápida, á encarar el progreso y á dominarlo. De las instituciones de ese pueblo puede esperarse todo. De los programas políticos de sus colectividades pueden esperarse hechos, reformas, grandes visiones de hombres de Estado.

Algún día se ha de decir que la juventud hecha Gobierno vale más que la vejez fingida liberalismo ó progreso.

Es por esto que nos sentimos orgullosos cuando un nuevo paladín de los elementos vigorosos del país salta á la palestra de viciosa alzada y encara la lucha de los ideales.

Esta es una corta hora de espera para los nuevos elementos de Gobierno que merece ya el país.

Es la hora del libro y del alumbramiento intelectual. Es la hora del corazón abierto.

Los epítetos de moderación y de discreción que los hombres graves se han transmitido como palabras de pase, desde 20 años para mistificar á la opinión pública con una política anodina, ya comienzan á ser borrados del vocabulario de los tímidos, que fueron lastimosamente engañados.

El liberalismo debe tener un sólo temperamento, como el hombre no puede tener dos corazones ó dos cerebros.

Y el corazón que manda en el liberalismo es su programa.

Los programas no pueden ni deben ser discretos. Hay una razón de ser que no se puede falsificar.

Sería como exigirle á un luchador, amenazado de muerte por su contendor, que diera á éste golpes suaves é inofensivos.

En el programa del liberalismo moderno entran más las luchas de altos principios científicos, que las querellas en que vivían envueltos los partidos, esterilizando la labor de los hombres estudiosos y emprendedores.

Uno solo de estos propósitos, la instrucción laica, primaria y obligatoria, sería una saludable obra para el liberalismo.

Extendamos la vista y miremos con el alma latina entristecida esos diez millones de analfabetos de la caduca España, que se revuelve ignorante y cretina, como en el triste caso de Ferrer; en la sangre de sus propios hijos, insultando con el desprecio á la justicia y á la piedad, los sentimientos humanitarios.

En España, también, ha habido un liberalismo moderado y hasta los fósiles del radicalismo atrasado muchos años en la evolución social y económica, han transmitido con una suavidad de seda la palabra «discreción» al oído de los jóvenes.

No creamos en la discreción hecha Gobierno contradictorio; creamos, más bien, en un liberalismo que tenga un programa que sus hombres representativos hagan vibrar como una trompeta de alarma desde la Moneda,

Es la hora de la experiencia intelectual, más que de las canas.

La bancarrota de las cabelleras blancas es inminente.

El pueblo ya no cree sino en viejos de alma joven y vibrante, como los nobles viejos del Partido Radical, en donde nunca se envejece.

Los imponentes desfiles principian, y pasan magistuosamente, como una revelación gloriosa del pasado, los ilustres fósiles del moderantismo, que son los que han informado en los partidos liberales una política aleatoria y de componendas.

La naturaleza se renueva: es una ley eterna!

La última Convención Conservadora es una revelación saludable á este respecto.

Las nuevas corrientes han tomado también á esa colectividad, haciéndola sentir las influencias lógicas en la evolución de las ideas.

El Partido Conservador que hace poco miraba con indiferencia y aún criticaba la característica socialista de nuestro Partido, ha entrado francamente en el terreno económico y social, abriendo dentro de sus filas un horizonte á las clases trabajadoras y dándoles en su directorio general una representación generosa.

Ninguna colectividad política, hasta ahora, había ido más léjos en este terreno.

Debemos tomar nota de este hecho revelador que constituye una enseñanza.

Mientras la Alianza Liberal no ha sabido ó no ha podido incorporar á firme á los elementos demócratas, aquellos á quienes hemos venido llaman-

do los *enemigos naturales del pueblo*, reconcentran su espíritu y toman la resolución heroica de modificar su programa vinculando sus ideas matrices á la suerte de la Democracia.

Era de esperarlo.

Lo que se ha dado en llamar la democracia cristiana y que tiene una férrea organización en Bélgica y en Alemania, está indicando que el desenvolvimiento de los intereses económicos de las clases trabajadoras, no puede ser mirado con desdén por los partidos que aspiran á ser llamados progresistas.

El programa político de las agrupaciones de hombres es lo que ocupa la mínima atención, hoy por hoy, de los pensadores.

La tendencia moderna es ir adaptando las ideas, porque se llegue á un movimiento más amplio de aspiraciones que se rocen con el trabajo y el capital.

En un futuro no lejano tendremos entre nosotros programas basados en ideas económicas únicamente, y en un conjunto de principios que afecten más á los problemas de la vida que á los simples ideales de gobierno político-administrativo.

La organización gremial, los sindicatos del Trabajo y las sociedades de Resistencia, constituyen ya una base poderosa para la organización de un nuevo Partido, con aspiraciones bien delineadas hacia un programa económico.

Los partidos liberales tienen que modificar sus

aspiraciones, si no temen quedarse rezagados en este camino de progreso que tenemos derecho á recorrer con la frente alta, todos los que llevamos anhelos salvadores para el pueblo.

La democracia, el Partido Conservador y agrupaciones aisladas, así como algunas individualidades que se preocupan de todo lo que es evolución intelectual, han estado dando muestras de que hay mucho que estudiar todavía en esta incipiente sociabilidad.

Se demuestra con ello un afán de reforma muy alentador.

Los Partidos que sienten esos anhelos deben recoger los frutos de este avance, de este acercamiento al pueblo, abandonado hasta ahora, no sólo de la autoridad pública sino de aquellos que, por su cultura y por su poder social, estaban indicados para encaminarle á su dignificación.

Si el Partido Conservador fuera buscando en su última actitud un simple halago de las clases populares, luego quedaría descubierto en su juego; pero si, por el contrario, lo que busca es el desenvolvimiento natural de sus energías en consorcio con las clases trabajadoras, su obra será ejemplarizante.

Nosotros no hemos hecho otra cosa que predicar en el radicalismo esta política, que no debe tener carácter electoral, porque sería deprimirla.

Tratándose de una evolución científica, hay que apartar toda cábala ó pretensión mezquina, para

situar este ensayo de democracia en las nítidas regiones de especulaciones más altas: las del pensamiento.

Los partidos que se quedan atrás en este avance sentirán muy luego en sus banderas la polilla de las doctrinas caóticas que no pueden atraer ni á la juventud ni al pueblo con esos mirajes de las ideas nuevas, amparadoras de las muchedumbres que sufren y que esperan.

El radicalismo debe revisar constantemente su programa, haciéndolo cada vez más sintético y de tendencias más económico-sociales que políticas.

El Radicalismo es alarma, es clarín, es aurora: toma de las irradiaciones más lejanas, colores de cielo para hacer su bandera!
